

EL VIVER QUE CONOCIO MAX AUB

Vicente Ferrer Ripollés

Al comienzo de los años ochenta llegó a mis manos un libro editado por Ediciones Alfaguara S.A. de un tal Max Aub ¿? titulado "Campo cerrado". El primer capítulo de la primera parte lleva por título "Viver de las aguas".

Una lectura tranquila y sosegada de este capítulo nos permite trasladarnos en el tiempo e imaginar a los habitantes de Viver embargados por los sentimientos y sensaciones previas al inicio de su fiesta más popular "el toro de fuego, el toro embolado". *"...En lo más remoto de su memoria Rafael López Serrador no halla un recuerdo más viejo de su niñez. Es esa su imagen más cana: el momento en el cual, por las fiestas de septiembre, van a soltar el toro de fuego; eso y el ruido del agua viva por la tierra: fuentes, manantiales y acequias"*.



El toro embolado en Viver.

En éste podemos encontrar los elementos más vitales: el fuego, el agua, el aire fresco, el miedo, los campos, el sexo, el silencio, la soledad... La vida social: tertulias en el casino y en el círculo radical, las polémicas: *"... se runrunea que este año habrá un día más de vaquillas..."*, *"... todas las tertulias del pueblo, de la del Casino a la*



La Fuente de la Asunción, en la Plaza de la Constitución.

del Círculo radical - que ahora se llama Unión Patriótica- condenan durante 357 días al año la cruel costumbre..." polémicas que en la actualidad, a medida que se acercan las fiestas, recobran una vigencia sorprendente. **Los lugares y personas que describe:** la fuentecilla barroca, el casino, el omnibús, el faetonte, el río, el tío Cuco, el notario, D. Vicente el maestro, D. Blas el cura.... **La tristeza** *"... cuando Rafael remira su niñez percibe el vaho y el tufo a muladar de la casucha, el*

lamedal de los excrementos podridos". "La miseria" Cada año, con la vendimia, nace un crío A veces muere, otras no. Entonces se va alzando sucio, con costras, granos, ulcerillas y lagañas sin conocer lo que es frío ni el hambre, porque son su aire y su alimento". "El odio". "Rafael Serrador odia a sus convecinos: al Mabo, al Pindongo, al tío Cuco, al Tartanero, al Serranet, que se lanzan ahora a citar el espléndido animal". "Si los moliera!" **La salida de Viver, el desarraigo** *"Ya deletreó los dos libracos sin enterarse de gran cosa, ya le tienen por mayor y le mandan a Castellón de aprendiz de una platería".*



Aspecto de los jardines en la casa de Manuel Zapater, en la actualidad.

Esto denota un conocimiento profundo de la realidad social de Viver de los años 30 y me sugirió, como a todos los viverenses que lo han leído, una serie de preguntas: ¿qué razones impulsan a situar el inicio del "laberinto mágico" en Viver?, ¿qué relación tuvo con las gentes del pueblo?, ¿existieron las personas que cita en la obra?, ¿quién fue Rafael López Serrador?, ¿existió el Casino y la Unión Patriótica?

El objetivo de este artículo es rastrear en la vida de Viver de esos años y contestar, si es posible, a estas preguntas.

MAX AUB EN VIVER

Max Aub y su familia tan sólo pasan un verano (junio, julio, agosto y septiembre) en Viver según cuenta Feli Suarez niñera de la familia en aquella época: "El verano del 36 no subimos a Viver porque D.^a Perpétua estaba embarazada. Dió

a luz a Carmen, su tercera hija, a finales de julio".

Hasta entonces, la familia Aub veranea en una "casita" que Federico Aub, padre de Max, tiene frente al balneario de Las Arenas en Valencia. Probablemente una enfermedad pulmonar de su hija Elena fue lo que motivó a los médicos a aconsejar un clima más seco y una mayor altitud para pasar los veranos. Esta era una práctica bastante habitual en aquella época. Y eligen Viver. Las razones de la elección parecen claras: en 1914, cuando estalla la primera guerra mundial, la familia Aub-Mohrenwitz, de origen judío, emigran a Valencia y fijan allí su residencia. Se matricula en el instituto "Luis Vives", único centro laico de Valencia, donde conoce a José Gaos, Genaro Lahuerta, Fernando Dicenta, Manuel Zapater... Con todos sus compañeros de bachillerato mantiene una profunda amistad a lo largo de toda su vida, incluso en el exilio. Es esa amistad la que hace que Manuel Zapater, registrador de la propiedad de Viver en los años previos y posteriores a la guerra civil española, propusiese a Max Aub alquilar la planta baja del piso en el que veraneaba en la calle Serrallo. Dato curioso éste, ya que la notaría y la vivienda anexa estaban situadas en la Plaza General Rosell. Muy cerca del lugar donde alquilan la vivienda, en la misma calle, vivían los padres de Fernando Dicenta Civera, compañero de instituto y gran amigo. Allí también pasa los veranos Rafael Dicenta, hermano de Fernando



Los Jardines del chalet de los Martínez.

La vida de Max Aub y su familia en Viver era muy tranquila y apacible. Las niñas, D.^a Perpétua Barjau y su niñera pasaban los días en los jardines de la casa que tenían alquilada y en

los de Rafael Dicenta (el chalet de los Martínez) jugando, cantando, y preparando obras de teatro que nunca representaban, siempre en compañía de D.^a Pilar, la primera mujer de Manuel Zapater. En uno de esos juegos Elena, la hija mayor, se rompió un brazo siendo atendida por D. Germán Guillén, uno de los tres médicos que por entonces tenían consulta en Viver.

Desde 1920 Max Aub trabaja como viajante de la



Foto 4. La fuente del Duque de Calabria. En esta fuente ponía a refrescar la fruta y el agua durante su estancia en Viver en el verano de 1935.

empresa de artículos de bisutería para caballero que su padre tiene en Valencia y viaja por toda España. Durante el verano de 1935 realiza numerosos viajes. Para ello hace uso del servicio de carruajes que realizan el trayecto hasta la estación al precio de 0,60 pts. Es posible que el "faetonte" fuese la persona de Viver con la que más relación tuvo, ya que según "Feli la Chacha" "...el tiempo en Viver lo ocupaba fundamentalmente escribiendo, en interminables tertulias con Manuel Zapater y Rafael Dicenta y comiendo unas estupendas

paellas que guisaba el dueño de la casa...". A pesar de la gran amistad que une a Max Aub y Manuel Zapater sorprende que no exista ninguna relación epistolar entre ellos (no existe ninguna carta en la Fundación Max Aub de Segorbe) aunque tal vez se deba a que mantenían frecuentes conversaciones telefónicas desde México.



El chalet de los Martínez.

LAS PERSONAS.

Rosa M.^a Grillo¹ sostiene que en la obra de Max Aub conviven, según los modelos de Unamuno, entes de ficción y entes reales, donde los niveles de lo real y lo ficticio se mezclan continuamente. Es el dato histórico fundamental en la estructura del laberinto, junto a los "falsos" con gran abundancia de indicios, citas y nombres fácilmente comprobables.

Esta consideración es fundamental a la hora de abordar el rastreo de los personajes que aparecen en este capítulo.



Plaza del General Rosell.

“Alrededor de Rafael López Serrador, casi el protagonista, se entrelaza la historia del país con la ficción, los personajes puramente inventados, con otros en los que un sutil cambio de nombre no los hace anónimos, sino que siguen siendo fácilmente identificables con personas de carne y hueso, aunque hoy casi todos bayan muerto”. Estas palabras las podemos leer en la solapa de la edición de Alfaguara y sugieren que se forme la pregunta: ¿quién fue **Rafael López Serrador**?

“La casa huele a estiércol... Tras un portalón descansa un solarillo donde cabe justo, alzada la lanza, el deslustroso y amarillento ómnibus, fuente de vida”. El padre de Rafael Serrador se dedica al transporte de viajeros a la estación. Al principio de los años 30 existían en Viver tres empresas que se dedicaban al transporte de viajeros con carruajes a la estación: la de Francisco Martínez, la de Manuel Noguera y la de Vicente Rosell. También había una empresa de alquiler de automóviles desde el merendero de “Canasta”. “La madre es algo rabisalsera y amiga de las gaiterías. Hay quien mira a Rafael y dice que se parece a su padre. Aquello le choca: le parece lo natural, pero se da cuenta que no es verdad. ¿Que quiere decir con eso la gente?. El padre es corto y negro. Rafael está contento de parecerse a su madre...”. A Francisco Martínez Segarra se le conocía con el apodo de **Paco el “Chicuto”** por su corta estatura. También es el primer nombre que recuerdan todas las personas de Viver cuando se les interroga sobre los tartaneros de la época. “Cada año, con la vendimia, nace un crío. A veces muere, otras no”. Francisco Martínez Segarra tuvo un total de 21 hijos de los cuales solo dos, Paco y Amparo sobrevivieron.

Con estos datos no es demasiado aventurado pensar que el tartanero que trasladaba a la estación a Max Aub en los frecuentes viajes que realizó durante su estancia en Viver fuese **Paco el «Chicuto»** y se inspirase en él cuando creó el personaje del faetonte “... que es republicano y enemi-

go de las vaquillas, que tiene por espectáculo bárbaro y retrógrado, pero no falla el verlas...”. Por lo tanto su único hijo varón **Francisco Martínez Ara** pudiera ser **Rafael López Serrador**.

Me consta que Francisco Martínez Ara, Paco el “Chicuto” como su padre, murió sin saberlo.

El Maño, el tío Cuco, el Pindongo y el Serranet no se corresponden con apodos de Viver y nadie los recuerda. El cura, D. Blas, el maestro, D. Vicente tampoco se corresponde con los de la época. Por entonces el cura se llamaba D. Evaristo Cebrián y el maestro más conocido D. José Rivelles, compartiendo magisterio con D. José Marqués y con las maestras D.^a María Bernabé y D.^a Manuela Ferrer. “...ya corren y cazcalean frente a la casa del notario la contigua del doctor los que quieren presumir el tipo...”. Ambas casas estaban situadas en la plaza del General Rosell, en el recorrido del toro de fuego. La casa del notario, D. Francisco Pons y Lamo de Espinosa estaba situada junto a las escuelas (aproximadamente donde, en la actualidad, se encuentra “casa Sirvent”), y la del médico D. Germán Guillen se sitúa en lo que actualmente es “Casa Torres”. El Círculo Radical, el Casino y la “Peña Torres” estaban casi una al lado de la otra en la plaza de la Asunción, como abrazando a la fuentequilla.

Viver, mayo de 1.997

NOTA

(1) Rosa M.^a Grillo, *Escritura de una vida: autobiografía, biografía, novela*. Valencia 1995.



El Círculo radical donde se reunían los partidos republicanos de izquierdas.



La Peña Torres, también conocida por otros como el Casino, estaba situada en este edificio, hoy dedicado a pub. A él solo podían acceder socios, generalmente personas pudientes y funcionarios. Probablemente el Casino al que hace referencia.

MAX AUB. El laberinto mágico I Campo cerrado

De pronto se apagan las luces: las diez, la luna luce su presencia en las paredes jabarradas: el jalbegue se parte, mitad blanco, mitad gris. El silencio corre por las calles del poblado como un escalofrío, de la cabeza a los pies, desde la plaza al Quintanar Alto, ya pegado al alcor. Primeros de septiembre y el aire frío bajando por el Ragudo; más arriba las estrellas de monte, tachas del viento.

La plaza, por ocho días ruedo verdadero, apuntaladas

las fachadas limpias de derrengaduras con escaleras y tablones; el casino adargando su última luz tras las talanqueras; en el centro, la fuente cilla barroca con su canto de agua de cuatro caños recobrando su calaña de abrevadero; la plaza, acabadas de tocar las diez, ombligo del mundo. Mil quinientas almas y la Raya de Aragón. Hacia abajo, caídos hacia la mar, por Jérica y Segorbe, los pueblos de Valencia; cuesta arriba, por Sarrión, el áspero, desnudo camino de Teruel.

El reloj de la iglesia tiene la luna de cara; a todos les baraja el regustillo del miedo con el de la espera, un no se sabe qué otea por las espaldas; hay menos aire entre las gentes. Las diez y cinco: un rumor levanta su cola; asoman por los postigos

las cabezas de los valientes, ya corren y cazcalean frente a la casa del notario y la contigua del doctor los que quieren presumir el tipo, puesto el ojo a las hijas en edad de merecer; agrupaditas en los balcones de los probos funcionarios, con su dote por delante y el pretendiente detrás, bálano en ristre, manos invisibles bendiciendo la oscuridad. Las blusas negras de viejos renegridos, que no quieren dar su brazo a torcer por los años, se escurren por las paredes. La albórbola recibe su corrección inmediata: un murmullo la acalla.

En lo más remoto de su memoria Rafael López Serrador no halla un recuerdo más viejo; de su niñez es ésa la imagen más cana: el momento en el cual, por las fiestas de septiembre, van a soltar el toro de fuego; eso, y el ruido del agua viva por la tierra: fuentes, manantiales, acequias.

El toro de fuego siempre ha matado a cinco o seis hombres: un animal bárbaro y terrible, mejor encornado que «Fávila», que el 89 mató a ocho en Rubielos de Mora; su dueño, a quien los niños tienen por rico y misterioso, pasea el basilisco de feria en fiesta; algún año, cuando la peç lo ha dejado cegato, echan el bestión a unos torerillos para que acaben con él. Cuéstales Dios y ayuda, cuando no cornalones, porque el bicharraco sabe ya más que Lepe. El ganadero toma café en el círculo maurista. Los chiquillos le rodean a prudente distancia: «Ese es, ése es.»

Las vaquillas corren, los mozos las jalean y les dan cantonada; la gente, hombres y mujeres, sale a recibirlas por la carretera en busca del susto (¡ay, qué susto!), del miedo (¡ay, qué miedo!), de la topada y del escalo de las rejas de la casa amiga perfectamente determinada de antemano, o del amparo de las cercas, murallones y albarradas de las veras del camino. Los hombres llevan gayatos y blusas negras, los veraneantes van en mangas de camisa; hay quien intenta quiebros y sale con los calzones descalandrajados para mayor burla y risotada. Polvo y cerveza carreras de cintas mientras la banda enhebra pasodobles.

Pero el toro de fuego llega por la noche y está solo en las orillas del río, nadie se atreve a citarlo. Por veredas y balates van mayores y mocosos desde las primeras horas de la mañana a divisar y apreciar el ganado. Se apacienta éste en las márgenes de la torrentera, medio escondido por los carrizos, en una madre seca y cantalinosa. Los olivos y las bigueras sirven de burladeros. Las señoritas dan grititos que animan al jabardillo. Los novios se apartan a derecha e Izquierda «para ver mejor», según aseguran, y sofaldar sin sobresaltos. Hay quien almuerza. Allá abajo, sin dar importancia a los torillos que pacen, cruzan hacia el pueblo tres cavatierras, segur al hombro, colilla terciada, salivazo trallero:

¡Paece que nunca hayan visto animales, redios!

Una mula remacha el lendel circular de un azud quin-

tañón y martillea el jolgorio con el ritmo de sus pezuñas ciegas; corre un agua estrecha. Rafael Serrador pasa el meñique derecho de su fosa nasal diestra a la siniestra, bájase luego a coger un guiño e intenta largarlo al río, y se queda corto. otros, ya muy creciditos, lanzan a voleo pedruzcos a los lomos de las vaquillas. Algunas, las menos, levantan el testuz y miran indiferentes, otras, a lo sumo, adelantan un paso, el bello rastreante en busca de hierbajos escualidos entre tanta cárcava.

El río corre al amparo de una cortadura que raja, del ocre al cárdeno, los verdes de la ribera contraria. Las aguas se saben y adivinan tras el cañaveral; donde muere la corta se ven las aguas arremolinadas. El cielo, de su propio azul; rayándolo crascitan unos cuervos. Ya llegan las gentes que salen de misa, atajan por las albardillas y los caballones, despreciando sendas, pisando alfalfas, las enroscadísimas calabazas, las cebollas; roban uva y melones.

¡Así reventaran tós, hijos de la gran madre que los parió! - rezonga un ganapán que trabaja un cuartel, al socaire de un paredón a medio derruir, en el camino del barranco, cuando cada año, tras las fiestas, tiene que recavar arduillos y replantar cercas y varasetos. Entre el sendero y el cuadro corre la acequia, menean las clarísimas aguas transparentes ovas sobre musgos, crecen los culantrillos por los balates. (Ahora hace dos años estuvo Rafael en cama de un fuerte resfrió y le dieron, para curarle, culantrillo en infusión.)

La madre es un tanto rabisalsera y amiga de gaiterías. Hay quien mira a Rafael y dice que se parece a su padre. Aquello le choca: le parece lo natural, pero se da cuenta de que no es verdad. ¿Qué quiere decir con eso la gente? El padre es corto y negro. Rafael está contento de parecerse a su madre, más alta; con su corpiño negro, su falda negra y su pañuelo anudado en la garganta, cuando tiene que salir, sobre todo si lleva zapatos abotonados, con un dedillo de tacón y puntera fina.

Ya toca la música dándole a septiembre el calor que le falta. Vino el diputado y su familia. El registrador, el boticario y don Blas bajan cada día al casino; se runrunea que este año habrá un día más de vaquillas. El padre sigue maldiciendo de todo lo habido y por haber: desde el lunes hay un tren más, de Valencia al pueblo y viceversa, y el ómnibus amarillo que él lleva y trae a su trote mulero tiene que hacer cuatro viajes suplementarios, del pueblo a la estación, llueva o solee. El faetonte es republicano y enemigo de las vaquillas, que tiene por espectáculo bárbaro y retrógado, pero no falla el verlas. Las moscas parecen soliviantarse por aquellos días, dan más quebacer que nunca; a la hora de la siesta óyese el runruneo silboso que forman, alrededor de ligas y vinagres—colgadas las unas, engañosas con su terrón de azúcar los otros—en sus desesperados esfuerzos sobre-mosquiles por no malmorir.



Hacia el sur, por el abra de Jérica, se descubren lejanías azules y verdes; hacia los nortes sólo se encuentran carrascas jarales, tierra de nieve: lo uno horizonte, lo otro monte.

De la cocina del Casino bajan, todavía calientes, empanadillas de pescado: doradas, la masa curcurrosa, la panza mollar, el olor del buen aceite, la pasta vuelta sobre sí, encerrando tras el borde bien horneado las tiras verdales o granas de los pimientos asados gustosamente casadas con el rosicler del atún desmenuzado, el carmesí o la rojuela color de los tomates fritos, el amarillejo de los piñones enteros. Resbalan por las mejillas de los niños bien vestidos unas gotas azafranadas dejando un reguero brillante.

-¡Tu traje nuevo, José Luis!

-Los pimientos son de la finca.

Córrese la voz. Don Blas se arrellana.

-Los ha ofrecido al casino.

En el umbral se apelonan los chicos del pueblo, procurando despuntar cabeza.

-Los pimientos son tós de la finca.

Miran con entusiasmo cómo se repapilan los sentados.

-¡Mejores que los de Martí, don Blas!

¿Cómo se va a compararar?

-¡Aquí no hay química que valga, ni invenciones!

-Al pan, pan, y al vino, vino.

Y don Blas, cruzando sus manos de abad:

-El buen paño en el arca se vende.

Al toro de fuego le tienen atado y cubierta la cabeza con un saco, en una jaula de madera, formada con estacas bajo el sotechado de la casa del tío Cola. En cada cuerno le fijan una gran bola de alquitrán sostenida por unos flejes de hierro, ya las encienden y flamean, ya sueltan el pavoroso bruto. Por las calles blancas y negras culebrea la serpiente del terror

Anúnciase por su luz. Tiñese la cal del más leve rosear cuando todavía le separan cincuenta metros de la esquina inmediata. Aparecen larguísimas sombras; a todo correr se empequeñecen, reduciéndose a la nada para volver a surgir, creciendo contrarias según la carrera del basilisco. De portones, portaldas, portillos y balcones, recovecos, esquinas, escaleras y mástiles, de la plaza y de las calles ligadas entre sí en círculo para que el toro persiga su propia sombra hasta que se le acabe, surgen, se alzan, levantándose los unos a los otros, gritos y voces, clamores y chillería ¡Ya viene! ¡Ya llega! ¡Ya está ahí! Lo llaman, lo desean, lo quieren y cuando la luz, las llamas, la bárbara mole nocturna se abalanzan por el callejón, vuélvesele pavor el deseo, como tras un primer coito frenético y furtivo.

¡Ya viene! ¡Ya llega! ¡Ya está ahí! Pasa la bestia velocísima, huyendo de sí misma, viril maldición ardiente, mito becho carne y uña, con olor de cuerno quemado. Ya se despeña hacia

arriba, ya el ven la luna y su sombrilla leve por la lechada nueva de los paramentos. Ronda el toro su forzado circuito; el amplio rumor de la plaza señala a los espectadores de las calles la vuelta cumplida.

¡Ya vuelve!

Busca ardiente cinco, seis, siete veces su salida inalcanzable. Rueda su fuego. Párase frente a una casa, revuélvese en un callejón sin salida; baladran las mujeres, crían los valientes. A lo tarde se entablara a la querencia del campo en una esquina de la plaza. Los más osados, viéndole rendido, se atreven, desde lejos, a desafiarlo, sálense de naja al menor reparo del bruto. Rafael Serrador odia a sus convecinos: al Maño, al Pindongo, al tío Cuco, al Tartanero, al Serranet, que se lanzan ahora a citar el espléndido animal. "¡Si los moliera!"

Todas las tertulias del pueblo, de la del Casino a la del Circulo Radical - que ahora se llama Unión Patriótica - condenan durante 357 días al año la cruel costumbre; nadie, sin embargo, cuando llega la época de las fiestas de septiembre, deja de desear la aparición mítica del toro de fuego. Rafael Serrador quisiera, con la fuerza de sus ocho, de sus diez años, que el toro la emprendiera con todo el pueblo, que no dejara piedra sobre piedra; y se figura, en su noche, el pueblo humeante y todos sus vecinos malheridos, y por los cielos una gran procesión de toros de fuego en forma de arcoiris. El corre por las ruinas, camino de la escuela, quemándose los pies con los rescoldos. Porque la aparición del toro de fuego prejuza ya la vuelta a clase. A Rafael lo mismo le da ir como no ir. Don Vicente es inocuo y lleva barba; ha perdido toda autoridad desde que todos saben que le ha hecho un chico a la hija del montanero de don Blas. - ¡Un tío puero! - dicen los padres. ¿Cómo va a atreverse a castigar a los niños? Estudia el que quiere. Rafael no es de los peores. En casa hay dos libros que su padre le ha prometido dejarle cuando sepa leer bien: una historia de la Revolución Francesa, de don Vicente Blasco Ibáñez, y el otro, sobre los romanos, de don Emilio Castelar. Alguna gallinácea ha pagado con su vida el olvido de defecarse en ellos.

A Rafael le suele despertar el cloquear de las gallinas a la altura de su cabeza. Los polluelos van y vienen por los alrededores de su jergón. Para entrar en la casa hay que bajar dos escalones. El corredor no está enlosado, la tierra batida por generaciones se basta sola. A la derecha viven las mulas, la una se llama «Lucera», la otra «Gabriel». Murió hace años una que se llamaba «Fraternidad», para escándalo de bienquistos, cuando, en el recuesto, el carruajero arreando zurriagazos en los lomos del penco, guiñaba el ojo volviéndose cariado, gritando con segundas:

-¡Toma, Fraternidad, y que no se entere Gabriel!

Con las mulas engorda, una vez al año, un cerdo.

Suelen llamarle «Perico».

-El Perico de hace cinco años, cuando se casó la Juana, jaqué! sí que era...!

La casa huele a establo y estiércol; cuando Rafael remira su niñez percibe el vabo y el tufo a muladar de la casucha, lo blando de la paja nueva, el lamedal de los excrementos podridos. Tras un portalón descansa un solarcillo donde cabe justo, alzada la lanza, el deslustroso y amarillento ómnibus, fuente de vida.

Cada año, con la vendimia, nace un crío. A veces se muere, otras no. Entonces se va alzando, sucio, con costras, granos, ulcerillas y lagañas, sin conocer lo que es el frío ni el hambre, porque son su aire y su alimento. Crecen renegridos, escuetos y duros, muy hechos a hacer lo suyo y a no importarles un comino los demás, como no sea, muy luego, el sexo de sus hembras, que tienen en mucho, y las caballerías, que aprecian otro tanto: lo atestiguan dichos y canciones: todavía llegan allí los zorongos y las jotas; se las oye por montes y campos.

Mueren por aquella tierra los olivares; más arriba sólo quedan carrascas, jaramagos, romero y zarzas. Los inviernos son largos y con nieve. Ido el toro de fuego, muérense los campos quedándose quietos. Algunos perdigachos más listos que el hambre salen duros al menor ruido. Las casuchas pardas sólo saben del cielo por los lentos humos de sus chimeneas. El agua sigue

corriendo igual a sí misma. Por los campos dormidos va y viene cada día el carromato amarillo del padre de Rafael Serrador. Cada día las pocas palabras que se cruzan son para tratar de la compra de una camioneta de ocasión, una Ford casi nueva, carrozada que no se puede pedir más. El tráfico es escaso, sólo los días de mercado en Segorbe bajan unos cuantos del pueblo para volver a la noche. No traen en los ojos ni reflejos del pueblo grande.

Los años van cayendo y Rafael Serrador los atraviesa; crece poco a poco sacando la cabeza por unas hojas enormes que cada año, cual corteza, caen sobre la serranía añadiendo canas donde ya no cabe gloria. Ya deletreó los dos libracos sin enterarse de gran cosa; ya le tienen por mayor y le mandan a Castellón, de aprendiz en una platería. Aquel año, por casualidad, no hubo toro de fuego; habla gobernador nuevo de la víspera y, con el acostumbrado lujo de adjetivos laudatorios en la prensa local, prohibió las vaquillas en toda la provincia -siempre dispuesto a conceder autorizaciones especiales-. Como pedía más que los anteriores y no hubo tiempo de regatear ni modo de complacerle, quedóse el pueblo sin toro y el gobernador como político "nuevo" y hombre integerrimo.



Francisco Martínez Ara, Paco el Chicuto junto al autobús de su empresa que realizaba el servicio a Bejís en los años 40.